



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

LA AMISTAD Y LA COHESIÓN SOCIAL

Genara Castillo-Córdova

Piura, 2004

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía

Castillo, G. (2004). La amistad y la cohesión social. En L. González (Ed.), *Filosofía y sociedad: V Coloquio de Filosofía*, (pp. 99-109). Piura: UDEP.



Esta obra está bajo una [licencia](#)
[Creative Commons Atribución-](#)
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

LA AMISTAD Y LA COHESIÓN SOCIAL

GENARA CASTILLO

En *Filosofía y Sociedad*

Quinto coloquio de Filosofía

Cuadernos de Humanidades, 2004 Pp. 99-110

Existen dos esferas de acción: la productiva o transformadora y la interpersonal, que poseen una dimensión ética. El desarrollo unilateral de la primera no sólo empequeñece la vida, sino que además aboca la productividad a una distorsión tal que la sobredimensiona y desnaturaliza. La atención a este fenómeno, tan contemporáneo, obliga a reparar en la esencia y los fundamentos de la acción. Examen que descubre su plenitud en las virtudes que implican, a la vez e indisolublemente, tanto el bien de la persona como de quienes se vinculan con ella. La coronación de las virtudes en el amor recuerda que no hay nada más contraproducente que el hombre encerrado en su soledad.

El ser humano es social por naturaleza, decían los filósofos clásicos. Una de las dimensiones de nuestra acción práctica es la acción productiva, pero otra dimensión es la acción interpersonal. Actualmente hemos dado prioridad a la primera en detrimento de la segunda. Lo irónico es que al hacerlo tampoco se ha regulado bien la acción productiva, la cual se ha hecho maniática por ser obsesiva, ya que al ejercerse unilateralmente la acción práctica cae en un reduccionismo que afecta a la misma acción transformadora.

El problema es que la acción práctica humana no puede dejar de ser ética, porque tanto en la acción productiva como en la interacción humana el requerimiento es lograr un



incremento del bien. Desde esta perspectiva, el sentido del trabajo humano, a través de la técnica bien orientada, es que con él se incremente el bien en el universo, se le perfeccione. Esos requerimientos de perfección se hacen mayores cuando se trata de la acción interpersonal. En estos asuntos hay que ir a mayores profundidades, ya que el bien se incrementa a base de realizar obras buenas, es decir de practicar las virtudes y desterrar los vicios; por tanto, la praxis humana tanto respecto del trabajo como de las relaciones interpersonales apela a la dimensión ética de cada persona, y sólo en esa medida la sociedad tiene cohesión.

Así pues, si se pone en el primer y único lugar la acción productiva, entonces, tal como lo señalamos en el Coloquio anterior, resulta que el nexos social es entonces el dinero, o los bienes materiales, o las transacciones económicas. Sin embargo, eso es socavar la cohesión social porque los bienes materiales no son fines sino medios, y si se convierten en fines son fines para el “individuo”, aislándolo de la sociedad.

Por eso, hay que recordar que el conectivo social no puede ser el dinero, ni su ámbito las transacciones, ni su espacio el mercado. Tampoco es suficiente nexos social el poder, ya que tanto el dinero como el poder son medios, que tienen que ordenarse a fines. Los vínculos sociales más adecuados son el lenguaje cuando está regido por la verdad y la amistad, que son el vínculo de la unidad.

Como los filósofos tenemos que ir hasta lo más profundo, para hablar del tema asignado, amistad y cohesión social, hay que ir hasta la misma acción humana y a sus dimensiones constitutivas básicas. Una de estas dimensiones es la razón práctica y otra la voluntad, que “pone” nuestros actos y que los destina a sus fines más altos. Por lo que respecta a la voluntad hay que señalar que para desandar el camino *"es un gran error considerarla aislada, como imperio dominante, o tendencia dirigida únicamente a resultados prácticos. Dicha limitación no es acertada. Ésa es una de las funciones de la voluntad, del querer humano, pero no la más alta. Amar es un acto voluntario más fuerte y propiamente libre. Es preciso volver a encargar a la voluntad –aparte del logro de resultados prácticos– de un menester superpráctico como es el amor; centrar la felicidad*

*de uno en la de los demás. En último término amar es una capacidad de trascenderse a uno mismo y, por tanto, no permite prescindir del otro ni su dominio pragmático. El amor humano vinculado al amor divino es capaz de restablecer a la voluntad en su vigor propio y de sacarla del rincón inservible en que mucha gente la ha colocado*¹.

La apertura del hombre a los demás sólo se entiende desde su ser personal. La persona es dialógica en razón a su dimensión espiritual. Esto es lo que la diferencia de los animales. La experiencia implícita del *otro* es diferente ya se trate de la persona humana o del animal. El animal percibe al *otro* pero relacionándolo con sus finalidades vitales, lo percibe sintiéndolo como objeto de las propias tendencias instintivas o relacionándolo con ellas. Por ejemplo, esto sucede cuando un animal percibe a sus crías, a su dueño, a otro animal, a la presa o al compañero sexual.

A medida que el ser humano se va desarrollando y se va haciendo inteligente crece su aptitud para darse cuenta de las dimensiones reales del *otro*, incluidas las que no se ven ni se perciben. Esto es posible gracias a la potencia intelectual. Pero precisamente por esto el ser humano está en sus manos, es libérrimo. El animal, aunque se queda en un nivel muy inferior, está protegido por su instinto. Sin embargo, el ser humano no está sujeto a sus tendencias de manera irremediable, sino que tiene que dirigir su acción con su razón práctica y con su voluntad. Para esto precisa de las virtudes, de unos hábitos perfectivos que dirijan su acción correctamente. De lo contrario si no gobierna adecuadamente su acción, el ser humano cae presa, precisamente, de sus tendencias más básicas, o lo que es peor de lo que otros quieren de él.

Así pues, el ser humano se encuentra en esa tesitura, la de poseerse para darse. La posesión de sí mismo la dan las virtudes por las que se incrementa el bien en uno mismo y

¹ POLO, L. *Presente y Futuro del Hombre*, Madrid, Rialp, 1993, p. 83



en los demás, porque no hay virtudes que no sean sociales ya que no hay virtudes con las que se dañe a los demás, sino que el incrementar el bien en uno mismo lleva a incrementar el bien en los demás.

La virtud de la amistad es el hábito operativo bueno que inclina a procurar incrementar el bien en otra persona, partiendo del reconocimiento de ésta y de uno mismo como tales. La persona es el sujeto donante, en cuanto que es un quien que no vive para sí mismo sino para otro (s). Una pretendida autosuficiencia del *yo* vacía a la persona. No existe la persona sola, es un absurdo. Lo peor para la persona es la soledad, porque entonces es imposible el *dar* y la *aceptación*. Por otra parte, la noción de persona es un aporte del cristianismo, a partir de ese momento, con el Dios cristiano se descubre la noción de Persona como un Quien donante, que no vive para sí mismo sino que se entrega a otra(s) persona(s)², que vive por y para el amor.

Desde entonces, varios filósofos han entendido al ser humano con esa clave. Por ejemplo, Pascal decía que el *yo* es odioso, que los seres humanos somos seres relacionados, por eso si el hombre se encierra en sí mismo destruye lo humano. Estamos hechos de tal manera que nuestro centro no somos nosotros mismos y cuando lo hacemos así nos desequilibramos. El egoísmo no sólo afecta a otros sino a la propia persona que lo ejerce.

Hay que reconocer que el *otro* ser humano es un bien en sí mismo (es el término del amor divino), que está destinado a amar a su Creador y a los demás precisamente porque cada quien es objeto de esa predilección divina. En esta línea está el amor de amistad. En antropología filosófica se suele decir que una de las frases con las que se expresa el amor es: *¡Qué bueno es que existas!* ¿Qué significa el “¡qué bueno es que existas!”? Significa el reconocimiento que cada persona es un bien en sí misma, independientemente de todo lo que tenga, de sus circunstancias, de su *status*, etc.

Según la antropología cristiana el Primero que dijo *¡Qué bueno es que existas!*, es Dios, gracias a cuyo amor “somos, nos movemos y existimos”. Por eso cuando alguien ama

² La Trinidad se entiende en este contexto: Dios Padre sólo se entiende en función de Dios Hijo, y viceversa, y el amor de los dos juntos es la Persona del Espíritu Santo. También nuestro ser se entiende en términos de amor personal: Cfr. *Gálatas*, 2, 20: "vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí". Éste *mi* es el ser personal.

a su semejante está reconociendo y reafirmando ese acto creador de Dios. Esto también sería largo de explicar, pero es la clave antropológica de todas las relaciones interpersonales en los diferentes ámbitos humanos, como son la familia, la empresa, la sociedad.

El ser *amado por sí mismo* por parte de Dios le da al hombre una dimensión sacra y apela al reconocimiento, al respeto y a la solidaridad con los demás. Mientras esto no se reconozca las relaciones humanas, el mundo humano, los derechos humanos, salen a duras penas. Nunca como en esta época se ha hablado tanto de los derechos del hombre y nunca se le ha denigrado tanto. Es que de entrada no somos justos y tendemos a considerar que el bien es bien por ser propio y que el bien si es ajeno ya no es un bien. Reconocer que el otro es un bien en sí mismo es la clave de la justicia. Si no se considera que el otro es un bien en sí mismo, se le está negando su verdad más profunda, y entonces se le convierte en un objeto que queda a merced de nuestros propios intereses, se le usa como una cosa, se le despersonaliza.

Por tanto, la cohesión de la sociedad se dará en la medida en que la sociedad sea realmente dialógica; es decir, en cuanto el reconocimiento de la dimensión personal se haga mayor. La sociedad requiere de la persona humana. La sociedad no se hace con individuos aislados, sino con sujetos donantes. Lo que ocurre es que para poder donarse es preciso poseerse, para lo cual se necesita de cultivar virtudes, es decir de ese esfuerzo constante por incrementar el bien en uno mismo y en los demás.

Así pues, la persona es un ser donal, que se entiende en términos de donación, de entrega generosa, por lo cual el individualismo la destruye intrínsecamente. Aristóteles está de acuerdo con que al ser humano no le va bien quedarse solo, por lo que dice que “*La amistad es lo más necesario para la vida.*”³. Y le dedica a la amistad los libros VIII y IX de su *Ética a Nicómaco*. La amistad quiere que el otro exista, busca incrementar el bien en el otro, pero para eso se precisa de la virtud. Así pues, la amistad conlleva un intercambio de

³ E.N. 1155 a 1-6



bienes que no es fácil, sino que es muy costoso, por lo que es necesaria la virtud: “*La amistad es una virtud, o va acompañada de virtud.*”⁴.

Para amar se requiere de la virtud y se precisa crecer en ella. El amor espolea para ser mejor. Por esto la amistad debe ser muy lúcida, y requiere de tener una voluntad decidida en otorgar al amigo la mayor cantidad de bienes posibles. Por eso, a menudo se tiene que encontrar con auténticos “quebraderos de cabeza”, pensando cuál es el bien verdadero, lo que va a mejorar realmente a su amigo.

En cambio, la “amistad falsa” busca no el bien del amigo, sino el propio placer o utilidad. Pero esto supone que no se considera que el amigo es un bien en sí mismo, sino que se lo usa como un simple medio para procurarse placer o utilidad. De ahí también que estas “amistades” sean pasajeras, porque se acaban cuando se termina el placer o la utilidad que es lo que en realidad se busca. De ahí también que la amistad requiere de la fortaleza para tener bajo control las tendencias que se dirigen a la consecución de los bienes placenteros, para que de esta manera no se comprometan los bienes más altos.

En general, todo amor, no sólo el amor de la amistad, requiere de una gran lucidez y de una decidida y generosa voluntad. El primer requisito del amor es que sea inteligente porque el amor verdadero no es sensiblería, sino una continua decisión de incrementar el bien en el otro, de ayudarlo a crecer, a perfeccionarse. Eso hace Dios con nosotros, que porque nos ama nos ayuda a ser buenos.

Es lo que sucede también con el amor maternal o paternal, ya que para una madre, su hijo es un bien en sí mismo, lo quiere incondicionalmente, pero le ayuda a crecer, le exige, trata de ponerlo en condiciones de ser mejor, en definitiva, de ser feliz. Es la clave de la educación: ayudar a crecer⁵, a practicar virtudes, a incrementar las cotas de verdad, de bien, en cada quien.

Por tanto, la amistad conlleva crecimiento en el bien. Por ello, la amistad es requerida en toda organización humana, y es la base del trabajo en equipo. La verdadera tarea directiva consiste en ayudar a crecer a las personas, lo cual requiere un clima de

⁴ E.N. 1155 a 1-6

⁵ “*Ayudar a crecer*” es la definición de educación que ha dado un antiguo pedagogo español, don Tomás Alvira.

amistad, hecha a base de muchas virtudes como la justicia, el respeto, la confianza, la solidaridad. Por ejemplo, en esta universidad el cultivo del saber y la enseñanza sólo se pueden dar desde la amistad verdadera.

Por esto la amistad da muchas alegrías –por la refulgencia del bien– y es la raíz del optimismo. La amistad lleva a descubrir alegrías, porque reconoce el carácter de bien y la capacidad de mejora que tienen las personas. Indudablemente, entre las cosas y las personas, éstas son las que dan más alegría. Por eso con el mandato de amar al prójimo como a uno mismo Dios nos abre el camino a la alegría y al optimismo. Así por ejemplo, para un esposo, lo lógico es que encuentre la alegría en su esposa, si no es un pesimista. Y para un cristiano, que *palpa* la presencia directiva de Dios en su vida, que se entiende a sí mismo y a los demás en la clave del amor, la alegría es característica esencial.

Decíamos que el amor requiere el bien, nos compromete en esa tarea, exige que seamos buenos. Pero, el asunto no es fácil. ¿De qué depende ser buenos? Uno puede hacer una cosa buena pero no por ello está garantizado que sea uno bueno. Por ejemplo, uno puede dar limosna, que es algo bueno, por varios motivos, porque le aplaudan, por tranquilizar su conciencia, o hasta por reafirmarse a sí mismo respecto de otras personas.

Ser bueno éticamente es un tema antropológico clave, pero es un asunto muy serio, porque –como suele decir un profesor de esta universidad– la ética compromete *desde dentro*⁶. Así pues, no se trata de ser buenos aparentemente, sino de verdad, con un ejercicio habitual y profundo. Por ello es que se trae a colación el concepto de virtud que es lo que marca el punto de enlace de la antropología griega con la antropología cristiana. La virtud es la cumbre de la primera y, por decirlo así, es el cauce de la segunda. Aristóteles que tiene

⁶ Cfr. Ferreiro, Pablo, “Menos preguntas, más respuestas”, en *El Comercio*, 29-III- 2002., sección *Economía*



el *copyright*, porque es el autor, de la primera teoría sistemática sobre la virtud, afirma que “*Virtud es lo que hace bueno al que la posee y torna buenas las obras del mismo*”⁷.

Y en esta línea podemos preguntarnos, ¿cómo surgen las virtudes? Responde Aristóteles: “*Así pues, esto ocurre con las virtudes: es nuestra actuación, en nuestras transacciones con los demás hombres lo que hace a unos justos y a otros injustos, y nuestra actuación en los peligros y la habituación a tener miedo o ánimo lo que hace a unos valientes y a otros cobardes, y lo mismo ocurre con los apetitos y la ira, unos se vuelven moderados y apacibles y otros desenfrenados e iracundos, los unos por haberse comportado así en estas materias y los otros de otro modo: en una palabra, los hábitos se engendran por las operaciones semejantes*”⁸.

Gracias a la virtud, el ser humano va logrando poseerse a sí mismo y sólo entonces está en capacidad de darse, se trasciende a sí mismo. “*En la etapa de la persona, el hombre -precisamente porque es capaz de disponer del sí mismo- se trasciende; es individuo, pero un individuo que se destina y que al destinarse, va más allá de sí, se integra de una manera concreta –en la forma de una aportación– a la sociedad circundante y además se da cuenta de que su ser personal depende de una Persona digna de una preferencia absoluta, es decir, dispone de sí mismo en la forma de una sumisión, de un ponerse al servicio amoroso de. Al servicio, en último término, de la persona infinita, de Dios*”⁹

En suma, la cohesión social no es posible sin la noción de persona (sujeto donante que se entiende por y para la entrega amorosa), pero como ese amor y esa entrega no son cualquier cosa, se requiere de la virtud. Para darse es preciso poseerse y uno se posee a sí mismo cuando se esfuerza en practicar virtudes. Desde este planteamiento se puede entender la cohesión social.

Precisamente los intentos modernos de entender la acción entre sujetos, es planteada sólo así: entre sujetos, pero ser persona es ser más que sujeto, es ser sujeto donante, persona. Por tanto, las relaciones son interpersonales, es decir, tienen un nivel distinto, y

⁷ E. N. 1106 a 15-16

⁸ E. N. 1103 b 14-20

⁹ POLO, L., “Los límites del Subjetivismo”, en Revista *Nuestro Tiempo*, III, N° 273, 1977, p. 12-13

por eso no acaban subsumiéndose en el mismo planteamiento relacional sino que la persona trasciende las meras relaciones.

De ahí también que sea plausible el intento de Habermas de superar el craso objetivismo funcionalista de la *system theorie*, por medio de un retorno a la intersubjetividad dialogante del mundo vital. Pero su pretensión de reintroducir la dimensión comunicativa en la conducta social revela la carencia de un adecuado tratamiento antropológico y ontológico del mismo concepto de acción que no es solo intersubjetiva, sino interpersonal. Por esto, tanto el concepto luhmaniano de sistema como el habermasiano de acción comunicativa implican una des-ontologización del hombre y de la sociedad, que cierra el camino a un reconocimiento de las realidades humanas.

En cambio, la cohesión social se logra a través de la acción interpersonal que convoca a las virtudes humanas, y si somos cristianos, a las virtudes sobrenaturales. Sin el afán de incrementar el bien en el otro no es posible la amistad, pero el bien ético es la virtud, por lo que ese mismo nivel ético es el de la cohesión social. Desde los clásicos, se afirma que el fin de la sociedad es la vida buena, y no la buena vida. Y esto supone un constante esfuerzo, un constante rectificar, porque no está garantizado de antemano que seamos justos, sino que hay que intentar procurarlo en cada momento. La amistad junto con el elenco de virtudes que la acompañan nos pone en condiciones de contribuir a la cohesión social, vitalizando los ámbitos humanos más básicos como los de la familia, la empresa, etc., haciendo como círculos concéntricos, que se abren a fines cada vez más altos.

Es el reto del siglo que empezamos. Se trata, como tan bien nos lo recuerda el profesor Llano, de fomentar otro modo de pensar. "El otro modo de pensar es solidario. En vez de partir de individuos aislados, se sitúa desde el principio en ámbitos interpersonales, donde no rige la ley de la transacción calculada, el doy para que me des, sino la mutualidad o reciprocidad completa. Cuando se prescinde de estas articulaciones originarias de la solidaridad, se nos arrebató el derecho básico de cuidar y ser cuidado"¹⁰.

¹⁰ LLANO, Alejandro, *El diablo es conservador*, Pamplona, EUNSA, 2001, p. 40.



Y por eso, como ya señalamos en el Coloquio anterior, es necesario rescatar de la tradición griega, una virtud que los griegos llamaban *epimeleia*, que significa el cuidado del otro. Con esa palabra se hacía referencia a un espíritu de finura, de contemplación amorosa. Para lograrlo hace falta la consideración del ser personal del otro como totalmente valioso, como la auténtica novedad.

Precisamente, cuando una sociedad está obsesionada por la acción productiva pierde de vista la contemplación, ya que en ella predominan las prisas, el stress, porque como ya señalamos no importan los objetivos de altura en nivel vertical, potentes, sino los simple plano horizontal, los que llevan a ponerse por encima de los demás o que llevan a buscar los intereses individualistas. En el cuidado y la amistad está de por medio la valoración del ser personal, en cambio en el individualismo el ser humano es considerado un simple sujeto, sin vínculos, retraído hacia sí mismo.

En cambio, me parece necesario volver a insistir en que "*epimeleia* implica *mimesis*, que no es imitación redundante, sino **seguimiento personal**, atento y activo, justo lo opuesto de la corrosiva dialéctica negativa. *Epimeleia* es la analógica unidad de lo que es diferente. Y la única posibilidad no-dialéctica de buscar la unidad sin destruir la diferencia, y afirmar la diferencia sin quebrar la unidad, es el amor. La filosofía y la poesía han reconocido, desde Platón al menos que para entender al ser humano no basta con la fría inspección: es necesaria la contemplación amorosa. Cuando esa contemplación amorosa se oscurece en el horizonte vital de una generación, como es el caso de nuestra época, entonces la gente ya no sabe lo que es la amistad, la educación, la empresa y la familia"¹¹. Cuando la amistad está transida de ese cuidado las relaciones humanas se enriquecen, y propician el crecimiento humano de las personas.

Genara Castillo
Universidad de Piura
Genara.castillo@udep.pe

¹¹ *Ibid*, p. 41